

AMANCIO PRADA / Premio Castilla y León de las Artes

Nació en Dehesas en 1949 y es de esos personajes para los que parece hecha la definición de ciudadano del mundo. Siendo un niño fue a estudiar a Galicia, a los frailes, después a Valladolid, la etapa universitaria la vivió en La Sorbona, de París, y allí

consolidó también su vocación de trovador, que le ha llevado por todo el mundo. Nunca ha muerto de éxito, nunca ha sido una de esas estrellas del pop pero jamás ha desaparecido del primer plano de la actualidad musical. Llenó su mochila de canciones

que son poemas de Rosalía, Juan de la Cruz, García Calvo, Cunqueiro, Goytisolo, Lorca, Mestre... o suyos propios. Cerca de treinta discos jalonan su intensa carrera que ayer tuvo un nuevo reconocimiento, el Premio Castilla y León de las Artes.

alguien cante mis canciones, y más si es María José Cordero, que es un cielo y tiene una gran voz.

P.— En los últimos tiempos ha paseado por medio mundo ese 'Elogio de la palabra' que hace a medias con Juan Carlos Mestre. Un proyecto que nació en San Andrés del Rabanedo y les ha llevado a los lugares más diversos.

R.— Y sigue pues en unos días recorreremos varias sedes del Instituto Cervantes por Manchester y Londres. Ha ido creciendo y cua-

«El cese de la violencia era una noticia tan soñada que no pude evitar las lágrimas, emocionarme»

jando. Y en Semana Santa regresaré con San Juan de la Cruz a costas a Medellín, en Colombia.

P.— ¿Es Juan Carlos Mestre recitando lo más cercano a la canción sin ser canción?

R.— Sin duda. La es el mejor ejemplo de la poesía defendida con la palabra, con la entonación verbal. Yo siempre animo a los poetas a que salgan a la plaza, a que dejen en el aire sus poemas, a que los aireen pues el libro es como una caja, como una cárcel. Realmente escuchar a Mestre me estremece.

P.— Alguna vez ha afirmado que nunca ha muerto de éxito pero tampoco ha desaparecido nun-



«Uno de los mayores privilegios es los escenarios en los que he cantado». / MAURICIO PEÑA

ca. Mantiene una bastante intensa actividad haciendo, además, lo que más le gusta y lo que siempre le ha gustado. Todo un privilegio.

R.— El mayor privilegio que puede tener una persona, trabajar en aquello que siempre le ha gustado y para lo que más dotado estás. Viajar, encontrarte con el público amigo, llevar la voz de los poetas. Es un privilegio que yo le desearía a todo el mundo. Ciertamente debo reconocer que de casi todo tengo más de lo que necesito y más de lo que merezco.

P.— Habla de unos recitales que va a ofrecer en Medellín, un lugar que en sí mismo suena a violencia ¿Cómo ha recibido Amancio Prada el anuncio del posible fin de la violencia en España?

R.— Con una ilusión enorme. Te lo diré con un ejemplo, hoy me ha alegrado, me ha emocionado cuando el presidente de la Junta me llamó para decirme que me habían concedido este premio Castilla y León de las Artes pero fue mucho mayor la alegría y la emoción íntima que sentí cuando supe que la violencia terrorista podía estar llegando a su fin. Es la noticia que llevas tanto tiempo esperando, sientes una

liberación que no puedes evitar que se te salten las lágrimas.

P.— Imagino que para alguien que 'juega' con la palabra, que viaja con los poetas, la violencia es el ejemplo supremo de la sinrazón.

R.— Hace muchos años le escuché una canción a Brassens que decía: '¿Morir por una idea? De acuerdo, sí, pero de muerte lenta'. Inspirándome en ese estribillo escribí una de esas canciones

que luego no publico y aún canto menos. Es un poema (el que aparece en un recuadro con el título 'Para la paz') que me resistía a cantar en público pensando que se estaban acabando los motivos para cantar esta canción, y cada vez que ocurría un

atentado pensaba en que otra vez la canción tenía razón de ser. Espero que ahora, definitivamente, esta canción se haya quedado sin sentido para siempre, que se haya acabado esta locura de nuestro tiempo aunque siempre te queda esa desazón de pensar que desaparecen unos pero aparecen otros.

A ver si nunca más piensa en cantar la canción. Un gran premio.

Para la paz

Cuando llegue la paz
si llega, un día,
cuando vuelvas la vista atrás
y la memoria,
al paisaje después del atentado,
después de la metralla,
tal vez entonces te preguntes
si valió la pena
matar y morir, morir o matar,
por una idea.
Tu patria es el aire, es mi patria,
no tengo bandera, no tengas...

Las estrellas para quien las trabaja

Suena la flauta por donde quiere la luz ser revelación de una más alta armonía. Amancio Prada, el trovador de los valles del Bierzo, ha sido reconocido por sus contemporáneos como una de las más necesarias memorias de su época, unido ya a otros imprescindibles en la travesía del vértigo: Gamoneda, Pereira, Colinas... poetas como él mismo, voces que han amparado a la tribu en épocas de penuria y han ayudado a devolver a lo humano su dignidad y confianza en el porvenir. Un poeta tal vez no tenga mayor y más alto encargo que el de mantener inmaculada y pura la sonrisa de los muertos, recordar y hacer recordar, ayudar a los demás a vivir su propia vida, incluso a costa de la propia. Sé y conozco lo que Amancio Prada ha puesto de la suya, una fe sin límites en la palabra, una entrega absoluta a la delicadeza del trabajo, una vocación luminosa para enfrentarse a las travesías de la oscuridad en épocas donde la verdad no ha sido el bien más preciado y la conducta y fidelidad a los principios no el mejor retribuido de los dones.

Amancio Prada ha permanecido de pie como el árbol de sus antepasados en medio de la soledad del paisaje, sin concesiones, sin estridencias, sin vanidades que a otros hubieran asfixiado. Ha sido el suyo un caminar solitario, un ir contra los senderos trazados por la oportunidad, una manera de resistir a la vulgaridad con la única arma legítima: la inteligencia sensible de los que saben que aquello que perdura lo fundan los poetas.

Lo que primero fue un rumor pronto se fue convirtiendo en voz para desembocar en cántico, en elogio a las criaturas, en celebración de lo humano. El trovador se había echado a los caminos con el encargo más antiguo de los profetas, el de anunciar la hermosa venganza de la primavera y la dulce condena del amor. Lleva décadas, lleva siglos repitiendo bajo las estrellas el mensaje de los que llevan una rama de silbidos en la frente. Cómplice de aquellos que han hecho de la belleza la condición de su ética y para quienes la alabanza del espíritu es el primer derecho y obligación de la aventura humana sobre la Tierra.

Amancio Prada ha sido ahora reconocido con una distinción que honra al Premio que le otorgan; nadie que haya sentido el temblor conmovido de su canto podrá dejar de agra-

decir al azar la fortuna de haber sido su contemporáneo. Todo habría sido más triste, aburrido, carente de pasión sin su coincidencia en el tiempo. Lo he oído cantar en las más distantes latitudes, a veinte bajo cero en el Teatro

Hermitage de Moscú y sentir arder la nieve; en Chile ante miles de personas en el mismo Foro Universitario donde Salvador Allende y Violeta Parra anunciaron un nuevo porvenir para los soñadores del futuro, y reconstruir con sus canciones una semejante utopía; lo he visto elevar a las gentes un par de palmos del suelo ante una multitud en Medellín, abrir con una sonrisa la flor de los enterrados bajo el ghetto de Varsovia, o abrazar en su canto a los hijos del éxodo en Tel Aviv. Cuando cantaba en Grecia se oía en los valles del Bierzo la alondra de su amanecer, cuando lo hacía en Oslo caía la nieve sobre las praderas de la vieja Castilla. Igual ha sido su actitud en el palacio que en la taberna, igual su absoluta voluntad de entrega ante príncipes y mendigos. A donde ha ido ha salido de nuevo el sol, a donde ha llegado ha regresado con él la esperanza.

No es fácil andar por el mundo dando de cantar a los pájaros, poniendo piedrecillas blancas sobre las lápidas de la conciencia, y apostar por la poesía. Amancio Prada lo ha hecho como el que recibe un encargo en la cuna y empeña toda su vida en cumplirlo. No ha pertenecido a la saga de los astutos que salen siempre en la foto, no ha creído en las engañosas de los que aplazan la felicidad con las migas de la falsa misericordia, no se ha sentado a la mesa de los poderosos. Ha cantado a los muertos, a cantado a los poetas sin otra posesión que la de un puñado de palabras, ha convertido en resplandor de lo público la pequeña vela encendida de su humilde conciencia.

Que ahora se le reconozca, justo ahora que la poesía vuelve a salir a la calle a reanudar la civilización de las palabras, es el mejor homenaje que la vida puede hacer por quienes ayudan a construirla, los que encendieron lámparas en medio de la noche y guiarán hasta que el tiempo acabe a sus semejantes al destino de su última estrella.

Ha cantado, seguirá cantando. Esta noche levantarán por él la copa de la celebración muchos poetas, frailecillos descalzos, viejos anarquistas, levitadores y amigos de Merlín, sembradores de sueños y amantes giratorios, en la tabernas del boulevard Paraíso. ¡Saludi

JUAN CARLOS MESTRE